Nuestro tiempo

EUROPA E IBEROAMERICA

Digamos algo para terminar este capítulo (*) sobre «la América que llaman *latina* —la frase es de Menéndez Pidal— por Haití y las Guayanas"; quiero decir, esa parte importantísima del Continente americano, que se extiende entre Méjico y el Estrecho de Magallanes, compuesta por naciones que hablan las lenguas peninsulares.

Sería un grave error que Europa la considerara como una esfera de influencia estadounidense. Se trata de pueblos independientes y soberanos que, a pesar de los fuertes lazos económicos que los ligan a los Estados Unidos, están aún más vinculados a España y a Portugal, y, por lo tanto, a Europa. Por la Península Ibérica pasan los caminos de América del Sur. El Océano no es un foso que parte en dos nuestro mundo luso-hispánico, sino una ruta que le une. Españoles y portugueses estamos obligados, por un sagrado imperativo histórico, a reivindicar para los pueblos iberoamericanos, que fueron y seguirán siendo prolongaciones de la europeidad, un puesto de privilegio en el Occidente unido.

Por lo mismo, para las relaciones de Europa con Iberoamérica, importa menos la desunión europea, puesto que la realidad objetiva de esas dos Comunidades transoceánicas: la hispano-americana y la luso-brasileña, hermanadas ambas entre sí, llena bien el cometido y puede llenarlo aún mejor en el futuro. Nada debe temer de ellas, por otra parte, el resto de las naciones europeas, como tampoco los Estados americanos del Norte, puesto que Hispanidad y Lusitanidad no son comunidades raciales excluyentes, sino abiertas y generosas, que se ponen al servicio de la Humanidad total.

Muchas veces ha sido explicado así a éste y al otro lado de los mares. Vienen al caso unas citas expresivas del prestigioso profesor argentino Mario Amadeo (1): «Cuando la unidad europea adquiera personalidad jurídica, Hispanoamérica deberá buscar con ella una íntima inteligencia en las relaciones de poder. Un estrecho paralelismo en la acción entre el bloque europeo y el bloque hispanoamericano per-

(*) Pertenece al trabajo «Europa ante el mundo atlántico», ponencia presentada por su autor al VI Congreso Internacional del C. E. D. I. (El Escorial, junio 1957) y reproducido recientemente por la revista *Política Internacional*, de Madrid. Se reproduce únicamente el capítulo en que Martín Artajo se refiere a la labor europea actual con Iberoamérica, a través de España.

(1) «Por una convivencia internacional». Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956, págs. 151, 157, 158 y 220.

mitirá paralizar los intentos absorbentes de otros grupos. Porque la política hispanoamericana encontrará su centro entre las dos fuerzas primordiales que la circundan. Con Europa se defenderá de todo eventual renacimiento del imperialismo norteamericano. Pero esta actitud vigilante no será una actitud hostil.»

Ahora bien: esta comunidad hispanoamericana no puede concebirse sin España: «Es evidente que España, para la comunidad hispánica de las naciones americanas, no puede quedar colocada en el mismo plano que cualquier otro país extranjero. Por ello pensamos que esta situación excepcional podría salvaguardarse mediante una participación paulatina de España en los organismos jurídicos hispanoamericanos. De este modo, España llegará a una incorporación jurídica integral al sistema hispanoamericano, evitando situaciones engorrosas y molestas para la misma España. Porque la comunidad que nosotros queremos no puede concebirse sin la presencia de España. Y esto es lo que interesa en definitiva.»

De aquí que en la relación funcional Europa-Hispanoamérica juega nuestra Patria un papel esencial: «España es también una nación europea, y tiene, como tal, intereses y deberes que la ligan a este Continente. Pero España quedaría incompleta sin un entendimiento íntimo con Hispanoamérica, e Hispanoamérica no sería ella misma si intentara consolidar su unión con prescindencia de España. Estamos, por eso, profundamente persuadidos de que la posición de España en Europa (y no concebimos una Europa integrada sin la presencia actuante de España) se vería considerablemente reforzada en caso de que se proyectara como el bastión europeo de una gran comunidad transnacional.»

Por parte española, la promesa de servir, mediante la Comunidad Hispánica, intereses universales la he reiterado yo mismo como Ministro del Gobierno español en muchas ocasiones (2): «Comunidad, sin agresión ni ofensa para nadie, cuyo pacífico fin es el servicio de un prestigio y de una tradición secular. Nuestra familia hispánica, hermanada en veinte pueblos que se entienden de la misma manera, es el mejor símbolo y ejemplo en su propósito y en sus ideas, en su pasado y en su presente, de lo que cabe esperar de este sentido de la solidaridad... Su misión es un obrar común en la ancha órbita internacional en función con los restantes grupos regionales, una acción conjunta de todo lo hispánico en el campo de la gran política mundial y universalista, una actitud colectiva ante problemas de interés uni-

(2) «Hacia la Comunidad Hispánica de Naciones». Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956, págs. 41, 77, 78, 123 y VI del Apéndice.

versal. Y sus nexos, toda una red o trama de ideas, de sentimientos, de modos de concebir la vida...»

Nuestro regionalismo ultranacional hispánico no es cerrado ni excluyente, sino abierto y generoso. No hace cuestión de razas ni de sangre, pero quiere garantizar la protección de un estilo vital que nos es propio, dentro de los amplios confines territoriales del mundo hispánico. «Nuestro regionalismo hispánico ha servido y servirá siempre la causa del Occidente cristiano, y nuestra ambición no es otra que la de lograr su encuadramiento dentro de formas jurídicas estables para que cobre peso en el mundo una política hispánica libremente determinada y aceptada por todos los pueblos de nuestra estirpe...»

La fecundidad de España creó para siempre esta realidad internacional de nuestra familia de pueblos. En el conjunto de la comunidad internacional, los pueblos de origen español forman como una región: hay un regionalismo hispanoamericano, el cual no es excluyente de las demás realidades internacionales ni se dirige contra nada ni contra nadie. Nuestro regionalismo no excluye ni desconoce la existencia de otras comunidades más circunscritas, como tampoco la de otras más amplias, sean éstas de orden continental o mundial.

No de otro modo viene ocurriendo en la órbita internacional en que comparecen unidas España y sus hijas americanas. Tanto en el seno de las grandes Agencias técnicas como en los Congresos mundiales y aun en la propia Organización de las Naciones Unidas, el bloque hispánico, aun sin previo concierto, está allí presente para decir una palabra unánime a la hora de tomarse los acuerdos de importancia, y siempre poseído de su noble misión de servicio leal a la paz verdadera y a la cristiana convivencia de los pueblos, al servicio siempre de la Cristiandad, y, en definitiva, de la Humanidad entera.—ALBERTO MARTÍN ARTAJO.

COLOQUIO HISPANO-PUERTORRIQUEÑO DE HISTORIA

Durante los días 15 a 18 de octubre últimos, y en la sala del segundo piso de la Biblioteca General de la Universidad de Puerto Rico, ha tenido lugar la reunión del primer Coloquio hispano-puertorriqueño de Historia, organizado por la Academia Puertorriqueña de la Historia con la colaboración de aquella Universidad. Asistieron, como representación de la actual historiografía americanista española, el Marqués de Lozoya, catedrático de Historia del Arte Hispanoame-